

Bulbul Sharma

MIS SANTAS TÍAS

Traducción del inglés  
Marta Torres Llopis



Madrid, 2011

Título original inglés: *My Sainted Aunts*

© de la obra: Bulbul Sharma, 1992, 2006

© de la traducción: Marta Torres Llopis, 2010

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C., esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: febrero de 2011

Primeras correcciones: Fátima Aranzabal

Composición: Safekat, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-938013-4-2

Depósito Legal: Z-349-2011

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

## ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR . . . . .	9
El <i>Yatra</i> a Londres de Mayadevi. . . . .	11
Desembarco en Bishtupur. . . . .	35
Las tías y sus dolencias . . . . .	57
Una novia niña . . . . .	83
Las primeras vacaciones de R. C. . . . .	115
A Simla en <i>tonga</i> . . . . .	155
Las pruebas de una tía alta. . . . .	185
La vida en un palacio . . . . .	215
GLOSARIO . . . . .	247

## NOTA DEL EDITOR

Con la intención de que el texto resulte comprensible, en esta edición se ha incluido un glosario al final en el que se definen todos los términos en hindi que emplea la autora. Para señalar estos términos hemos utilizado cursiva; para fechas o explicaciones referentes al contexto, notas a pie de página.

Para la elaboración de este glosario ha sido indispensable la ayuda de Nuño Aguirre de Cárcer, a quien los editores desean agradecer su gran colaboración, así como al agregado cultural de la embajada de la India en España y a Casa Asia.

## EL *YATRA* A LONDRES DE MAYADEVI

El día que Mayadevi cumplió sesenta y ocho, setenta o setenta y cinco años (su fecha de nacimiento era algo que cambiaba según su estado de ánimo), decidió ir a Londres. Cuando lo anunció, toda la familia se quedó estupefacta, pero nadie se atrevió a decir nada, porque la vieja dama gobernaba la casa de tres plantas con un silencioso reinado de terror. Cada vez que decidía hacer algo, sus tres hijos y sus esposas accedían sin rechistar, ya que con los años habían aprendido lenta y amargamente que nadie cuestionaba sus caprichos.

Aunque no tenía ninguna necesidad de dar explicaciones a su sumisa y dócil familia, Mayadevi llamó a sus hijos y les expuso el motivo de emprender un viaje tan insólito a su edad:

—Quiero ver a Amit antes de morir.

Su hijo mayor se había ido a estudiar a Inglaterra a los dieciocho años y no había vuelto a la India desde entonces. Escribía a su madre el quince de cada mes y le mandaba dinero regularmente, junto con multitud de regalos caros aunque inútiles; pero no regresaba a casa a verla porque tenía fobia a volar. En 1948 había hecho el viaje a Inglaterra en barco y, una vez que pisó tierra tras esa traumática y

desagradable travesía, no puso el pie fuera de la seguridad de la isla en los siguientes cuarenta años. Había realizado algún viaje vacacional breve y no exento de tensión a Francia e Italia, pero siempre en tren o en barco. En torno a cada mes de octubre, según se acercaba la estación del *puja*, le prometía a su madre que ese año se armaría de valor y viajaría en avión hasta Calcuta, pero en todas las ocasiones los nervios le fallaban con una regularidad tranquilizadora.

—El pobre muchacho ha sido siempre un miedica. Era incapaz de cruzar la calle si había una vaca parada en medio. Le daban miedo las lagartijas, y las ratas le hacían gritar incluso a los quince años. Quiero avergonzarle yendo a Londres, hasta la misma puerta de su casa, aunque tenga que bañarme en el Ganges cien veces cuando vuelva —declaró la anciana; y, como siempre, los hijos, que juzgaron la idea una locura, asintieron con la cabeza.

Una vez tomada la trascendental decisión, Mayadevi empezó a planificar su viaje con actitud belicosa. En primer lugar, solicitó el pasaporte y el visado, pero relleno los formularios con un rosario de réplicas y protestas porque le molestaban las preguntas impertinentes que el gobierno osaba hacerle. Cuando hubo terminado, se compró una agenda grande y anotó su plan de acción paso por paso.

Luego decidió acometer el estudio de la lengua inglesa. Aunque Mayadevi no había ido nunca a la escuela, sabía leer y escribir bengalí con fluidez y leía considerablemente mejor que sus hijos, contables titulados. Comprendía frases sencillas en inglés, aunque no había ha-

blado con nadie en esa lengua en toda su vida, dado que nunca había surgido la ocasión. Conque se adueñó de una vieja cartilla de inglés muy gastada, que había pertenecido a uno de sus nietos, y cada mañana, después de finalizar su *puja*, guardar su *Gita* cuidadosamente y repartir los caramelos bendecidos, se sentaba a estudiar ese viejo libro manchado de mermelada. La casa, habitualmente tranquila y silenciosa por las mañanas, ahora se llenaba de los extraños recitados de Mayadevi de la cartilla de inglés. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas y meciéndose adelante y atrás, leía cada renglón una y otra vez con un sonsonete musical, como si estuviera salmodiando un versículo sagrado. Entonces, de pronto, se interrumpía y se hacía preguntas.

—¿Ha traído Jack el cubo? —se interrogaba con tono acusador; y respondía a continuación—: No; el cubo lo ha traído Jane.

De vez en cuando se levantaba, se ajustaba las lentes y daba un corto paseo por la habitación, sosteniendo el libro cerrado contra su pecho, como había visto hacer a su nieto cuando memorizaba un texto.

Los criados no se atrevían a acercarse a la zona de estudio, pero la observaban con inquietud desde la puerta de la cocina. Estaban convencidos de que estudiaba inglés para aterrorizarlos más eficazmente.

—A su edad debería leer el *Gita* nada más, no andar repitiendo *jack-jack-jack* como un loro —decían cuando estaban a salvo en las dependencias de la servidumbre.

El recitado de la lección ponía tan nervioso al cocinero que dejó de amañar las cuentas de la compra y se volvió honrado, no fuese que la vieja dama, pertrechada con la lengua inglesa, lo pillara. También las nueras encontraban muy raras las lecciones y se reían por lo bajo en sus dormitorios, pero se cuidaban de poner cara seria cuando pasaban por cualquier sitio próximo a las lecciones de inglés. Los hijos también se mantenían a distancia de su madre después de que sus entusiastas esfuerzos por ayudarla con su pronunciación inglesa hubieran topado con un frío desaire.

—Durante sesenta años he llevado esta casa y mi vida sin vuestra ayuda ni la de vuestro difunto padre. Y no tengo la menor intención de empezar ahora —dijo, despidiéndolos majestuosamente con el gastado libro.

De modo que continuó estudiando la cartilla y la casa no sólo se habituó a los sonidos extraños, sino que adquirió su tono pegadizo, y los criados canturreaban «Jack and Jill» mientras hacían sus tareas. Al cabo de unas semanas, Mayadevi había terminado la cartilla y pasado a libros más difíciles. Ahora mantenía largas conversaciones consigo misma para lucir su recién adquirido conocimiento del inglés y, a medida que pasaban los días, los personajes de la cartilla, de *Aprenda inglés en 21 días* y de otros libros se mezclaron unos con otros en las más desafortunadas y complicadas relaciones.

—¿Fue Jane sola a la tienda de ultramarinos? No; también fue el señor Smith. La señora Smith está sentada en el banco del jardín con



Jack. Ella se está fumando una pipa. ¿Cómo estás, Jack? Muy bien, gracias. ¿Dónde está el tranvía? —estuvo recitando incesante hasta que se aprendió de memoria todas las palabras de todos y cada uno de los libros, igual que el resto de la casa.

Cuando sólo faltaban tres meses, Mayadevi pasó a la siguiente fase de los preparativos para la gran travesía, que la familia llamó «*Yatra* a Londres»; naturalmente, a sus espaldas.

—A partir de ahora, voy a llevar zapatos —anunció, y encargó a uno de sus hijos que le comprara un par de zapatos de lona negra y seis pares de calcetines de algodón blanco. Mayadevi siempre andaba descalza por la casa y sólo se ponía zapatillas en las raras ocasiones en que iba de visita. Las de goma azul del número 36 le habían durado cinco años por lo menos y, aunque prácticamente no pisaban la calle, las hacía lavar con jabón a diario. Pero esas fieles zapatillas no le valdrían para Inglaterra, así que Mayadevi, de mala gana y con aire de mártir, metió a la fuerza sus delgados y artríticos pies en su primer par de zapatos. Durante una hora por las mañanas tras la lección de inglés y otra hora por la tarde después del té, la vieja dama caminaba con sus zapatos nuevos para acostumbrarse a ellos. Como una garceta andando presurosa con patas torpes, cubiertas de barro, la blanca figura iba de un lado a otro de la casa, acompañada de un chirrido rítmico de goma. No tardaron en salirle ampollas en los pies, pero, aun así, Mayadevi continuó luchando como un curtido guerrero y nadie la oyó nunca exhalar el menor suspiro. Sus hijos la admiraban

de lejos, sin atreverse a elogiarla, ya que sabían que desconfiaba de los halagos y siempre decía:

—Dime qué quieres de mí y deja de darme coba.

Así que no la elogiaban nunca, e iban directos al grano cuando le pedían un favor.

Cuando sólo faltaba un mes para la partida, Mayadevi escribió a su hijo a Inglaterra y le informó de sus planes. A este le entró pánico y la telefonó inmediatamente, algo que rara vez había hecho en los últimos cuarenta años.

—Mamá, por favor, no emprendas un viaje tan peligroso. Los aviones se estrellan continuamente. Podrían secuestrarte y llevarte a Libia. Volar es muy arriesgado hoy en día. Espérate. ¡Tenía pensado volver a casa en barco el próximo *puja*! —chillaba fuera de sí por la defectuosa línea.

Mayadevi lo escuchó pacientemente y, a continuación, replicó:

—Para el próximo *puja* puedo haber muerto. Ya he comprado el billete. Irás a recibirme al aeropuerto, y procura ir solo, sin esa mujer gigantona que tienes —dijo, y colgó el teléfono con decisión mientras seguía oyendo la voz de su hijo cacareando por la línea.

Desde ese instante, hubo un silencio total al otro lado del océano, pero a la vieja dama no le preocupó, y se centró entonces en los últimos preparativos del *Yatra* a Londres. Empezó por visitar a sus parientes uno tras otro y les informó personalmente de sus planes de viaje, como si siguiera el protocolo de repartir invitaciones de boda.

No se entretenía demasiado en ninguna casa; se limitaba a exponerles en pocas palabras por qué iba a Inglaterra y se marchaba sin aceptar una taza de té, ni siquiera un vaso de agua. A los parientes no sólo les sorprendió esta visita fugaz, como de la realeza, sino que decidiera contarles el motivo de su viaje.

—La vieja arpia está perdiendo fuerza. Se le está reblandeciendo el seso —dijeron, aunque secretamente se alegraron de que se hubiera dignado visitarlos.

A continuación llegó el paso más importante. Una mañana, la vieja dama convocó a sus hijos y al sacerdote de la familia a una reunión. Las nueras y los criados, que no estaban invitados, se turnaron para escuchar tras la puerta.

—En caso de que me muera en ese país, Dios no lo quiera, repatriad mi cuerpo inmediatamente, antes de que lo contaminen. Después, cuidado de que todos los rituales de purificación se hagan como es debido —dijo, clavando una mirada tan imperturbable y fría en el sacerdote que este se echó a temblar de miedo y no pudo por menos que pensar que la anciana ya había muerto y lo estaba observando desde el cielo.

Una vez zanjado el tema de cómo proceder con su cadáver a su satisfacción, Mayadevi les dio instrucciones detalladas para los ritos de purificación a los que, si regresaba viva, se sometería el mismo día de su regreso.

—Hay que hacer una semana de penitencia, dar de comer a los brahmanes y limpiar toda la casa con agua del Ganges. Así que ocu-

paos de pedir permiso en la oficina —señaló a los hijos, que comprendieron la importancia del momento y asintieron vivamente con la cabeza, esperando que por fin hubiera terminado la reunión.

Ya sólo quedaba una semana para la partida. Del rincón más oscuro del trastero sacaron una maleta grande y desvencijada que había formado parte de la impresionante dote de Mayadevi cuando llegó a esta casa como desposada de quince años, y Mayadevi comenzó a hacer el equipaje. Seis saris de algodón blanco, seis enaguas y el mismo número de blusas, un jersey blanco y un chal gris, junto con una pequeña bolsa roja para su *Gita* y sus rosarios, y una cajita de plástico para la dentadura postiza; eso fue todo lo que metió en la maleta.

—Todo, excepto el *Gita* y mi dentadura, irá a la basura a mi vuelta, así que ¿para qué despilfarrar el dinero? —dijo.

La maleta estuvo hecha y lista con cinco días de antelación, y la dejaron en lo alto de la escalera como un codiciado trofeo. Todo el que entraba o salía de la casa tropezaba con ella, pero no se oyó una queja. De hecho, los criados le quitaban el polvo todos los días con orgullo y los niños se acercaban a ella con temor.

Finalmente, llegó el día de la partida. Mayadevi se levantó antes del alba, se bañó y entró en su oratorio. Se arrodilló ante los dioses y susurró:

—Dadme fuerza para resistir esta prueba y no dejéis que muera en ese país. Prometo haceros nuevos ornamentos de oro cuando regrese. Por favor, traedme de vuelta ilesa.

Estuvo sentada un buen rato en la pequeña habitación cargada de olor a incienso y sólo se levantó y salió a despertar a sus hijos cuando la luz empezó a entrar a raudales por las ventanas. Al poco tiempo, todos los habitantes de la casa se afanaban de acá para allá, aunque no había mucho que hacer. Le quitaron el polvo a la maleta varias veces y los niños fueron obligados a tocarle los pies a la abuela cada vez que se cruzaban con ella<sup>1</sup>. Los hijos no dejaban de aclararse la garganta y consultar el reloj.

—¿Lo tiene todo? —murmuraban no demasiado alto, puesto que ninguno quería comprobarlo.

Mayadevi envolvió cinco paquetes grandes de arroz inflado en un lío de tela y llenó de agua la botella de plástico de sus nietos. Era lo único que iba a tomar en las doce horas siguientes, porque no iba a tocar ningún alimento «que sabe Dios quién habrá tocado».

El día transcurrió deprisa, con las visitas que venían a despedirse. Todos admiraron la maleta y, al tropezar con ella, comentaron lo ligera que era. El avión salía a las doce de la noche, pero Mayadevi y sus hijos ya estaban en el aeropuerto cuatro horas antes. Se hallaban sentados solemnemente en fila y miraban el reloj de la pared en lugar

---

<sup>1</sup> En la cultura india, inclinarse y posar las manos en los pies de la otra persona es un signo de respeto, especialmente hacia personas mayores. Esto se debe a su creencia de que los pies, al hallarse en contacto con la tierra, son la parte más impura del cuerpo (motivo por el que hay que descalzarse antes de entrar en un templo) y, por consiguiente, arrodillarse para tocárselos a alguien significa que se le reverencia tanto que hacerlo es casi un privilegio. (N. del E.)

de los suyos. Nunca antes habían pasado unos momentos tan concentrados y confinados con su madre y les resultaba muy difícil permanecer sentados en los asientos de plástico tan cerca de ella. Se intercambiaban los sitios para que ninguno tuviera que estar demasiado tiempo junto a ella y cada cual pudiera tomarse un respiro. De vez en cuando, Mayadevi hablaba para dar alguna instrucción de última hora. Sus hijos se limitaban a asentir con la cabeza y se aclaraban la garganta otra vez. Por fin, anunciaron el vuelo. La vieja dama alzó la cabeza y escuchó con atención. De repente, uno de sus hijos se dejó llevar por la emoción e intentó dar a su madre algunos consejos para el viaje, pero ella se levantó tranquilamente y se sumó a la larga cola de pasajeros que serpenteaban hasta el mostrador de facturación. Uno tras otro, los hijos, inclinándose con dificultad sobre sus barrigas, tocaron los pies de su madre. Ella los bendijo con una sonrisa amable que rara vez se le veía y, mientras ellos permanecían como huérfanos, se alejó y la perdieron de vista al entrar por la puerta abierta de la zona de seguridad. Los hijos no estaban preocupados por su anciana madre. Sólo se preguntaban cómo se las apañaría Inglaterra.

Estaba lloviendo cuando el avión aterrizó en Londres. Por la mente de Mayadevi cruzó un atisbo de preocupación al preguntarse si su aún dudosa aptitud para caminar con zapatos saldría airoso en el suelo mojado.

«Tendré que hacerlo», se dijo, y miró sus brillantes zapatos negros como si les ordenara obedecerla.

Se arregló el sari, todavía limpio y almidonado después de doce horas, y se dispuso a bajar del avión. Durante todo el vuelo había ido más tiesa que un palo y, cuando la azafata se ofreció a ajustarle el asiento en una posición reclinada más cómoda, le espetó con voz chillona:

—¿Que por qué me siento así? No estoy enferma —y le congeló a la azafata su preciosa sonrisa antes de que esta la esbozara siquiera.

Después de lo cual, la azafata ignoró a la vieja dama, aunque no podía evitar echarle una mirada a su cabeza singular y cubierta de canas cada vez que pasaba por su asiento.

La vecina de asiento de Mayadevi también dejó de hablar con ella incluso antes de cruzar las montañas del Hindu Kush, y ahora miraba manifiestamente hacia otro lado. Había tratado de ser amable y servicial, enseñándole cómo abrocharse el cinturón de seguridad. Al principio, Mayadevi no pronunció palabra y la joven pensó que estaba incómoda porque no sabía hablar inglés, y entonces se volvió aún más cortés.

—Todos han sido muy amables conmigo en la India. A pesar de que la gente es muy pobre, tiene un corazón muy grande —dijo, ensayando alegremente lo que iba a repetir muchas veces al llegar a casa, cuando, de repente, Mayadevi abrió la boca por primera vez y soltó:

—¿Por qué ellos no ser amables? Lamen las botas a los blancos doscientos años y ahora ello se ha vuelto un mal hábito como beber y fumar.

La chica se quedó estupefacta. En sus seis meses de estancia en la India, durante los cuales había recorrido el país de punta a punta, alojándose con familias, ya que sólo así se podía conocer «la verdadera India», aparte de que los hoteles eran muy caros, nunca jamás la habían tratado con una grosería semejante. Estaba haciendo acopio de ingenio para replicar algo mordaz, cuando Mayadevi le pidió que apartara el codo del reposabrazos.

—No quiero que toque usted mi sari —dijo.

Tras este comentario, permanecieron en silencio, con un frío muro entre ellas, las doce horas siguientes.

Cuando llegó la azafata con la comida, Mayadevi meneó la cabeza con firmeza y cruzó las manos sobre el regazo, a la manera tradicional de rehusar alimento en los banquetes bengalés, para confirmar doblemente su rechazo. A continuación se dedicó a observar a la joven mientras despachaba su almuerzo, mirándola con tal expresión de repugnancia que la pobre chica se lo dejó a medias aunque estaba disfrutando de la comida europea, a pesar de estar envasada en plástico, después de seis meses de interminables *dal* y *chapatis*. De vez en cuando, Mayadevi tomaba un puñado de arroz inflado y daba unos sorbos de agua de su botella de plástico. Había llevado el bulto que contenía el arroz y la botella de agua pegado a su cuerpo duran-



te todo el viaje y, cuando el guardia de seguridad del aeropuerto le pidió que lo pasara por la máquina de rayos X, se había aferrado a él como una leona a sus cachorros y había dicho:

—Tóquelo y se lo tiraré a la cara. Estaré sin comer durante las próximas doce horas y, si me muero, usted y sus catorce generaciones siguientes cargarán con el pecado de haber dejado morir a una anciana.

El guardia de seguridad, entrenado para enfrentarse a terroristas, no supo cómo tratar a esta mujer y permitió pasar a la vieja dama y su burdo lío sin revisar. Lo cierto era que Mayadevi no necesitaba el arroz en realidad y fácilmente podía haber aguantado sin comer muchas horas, ya que había ayunado algún que otro día favorable en su juventud y tenía el estómago bastante acostumbrado a dietas rigurosas. Pero, cuando el avión estaba a punto de aterrizar, su estómago produjo de repente un sonoro borborigmo de protesta, sobresaltando a Mayadevi con esa inusitada rebelión. La joven también oyó los gruñidos y se permitió una sonrisita maliciosa. «Vieja arpía, espero que pase un mal rato aquí», pensó, pero inmediatamente después se sintió culpable, y rellenó el formulario de inmigración por ella. Mayadevi no le dio las gracias y, en cuanto el avión se detuvo, saltó de su asiento. Avanzó por el pasillo agarrando con fuerza el bulto de comida contra su cuerpo de manera que nadie pudiera contaminarla al tocarla, y fue el primer pasajero en salir del avión. Luego aflojó la marcha y se sumó a un grupo de viajeros indios que también acababan de desembarcar. Los siguió de cerca, pero, cuando alcanzaron la zona de inmigración y

se pusieron a la cola, los adelantó y se plantó firmemente a la cabeza de la fila. Nadie osó pedirle a la vieja dama que se colocase al final y, por si alguien lo hacía, Mayadevi tenía lista su mirada de acero. El joven rubio de inmigración le sonrió amablemente, a pesar de que iba contra sus principios sonreír a inmigrantes y a visitantes del color que fuera. A cambio de la excepcional sonrisa, este recibió su famosa mirada de pez muerto, bajo la cual incontables hombres y mujeres de Calcuta, jóvenes y viejos, habían enmudecido. El joven funcionario se sintió avergonzado sin motivo y solicitó rápidamente un intérprete, deslizándose en su voz casi una petición de socorro.

—Yo hablo inglés. Usted habla inglés conmigo —dijo Mayadevi con claridad.

El funcionario de inmigración se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tiene usted previsto permanecer en el Reino Unido? —y, como Mayadevi no contestó, repitió la pregunta, añadiendo *Madam* en esta ocasión.

—No necesita decir otra vez. Yo le respondo. Yo estoy en este país una semana sólo. Ni un día más. Puede decir a su reina Victoria —anunció Mayadevi.

El atónito funcionario selló su pasaporte con un golpe seco y le hizo señas apresuradas con la mano para indicarle que siguiese adelante.

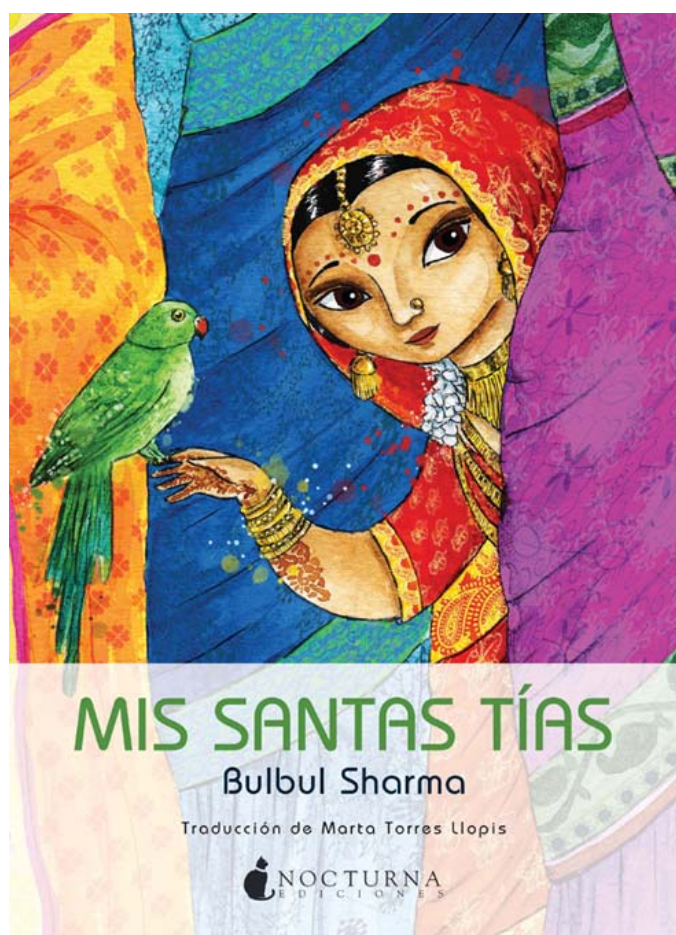
—Esta vieja pájara no me está mintiendo. Nunca aceptará un trabajo en Selfridges, seguro —dijo, y rió nerviosamente como si hubiera pasado una prueba terrible.

# SIGUE LEYENDO

A la venta: 28-02-2011

## Mis santas tías

Bulbul Sharma



**ISBN:** 978-84-938013-4-2. **PVP:** 16 €

 **NOCTURNA**  
E D I C I O N E S

Distribución en España: UDL Libros ([www.udllibros.com](http://www.udllibros.com))

Distribución en Latinoamérica: Panoplia de Libros ([www.panopliadelibros.com](http://www.panopliadelibros.com))